

A propósito de los apagones

*Marcos Rivera

Un día martes por la tarde me propuse leer una revista especializada en Historia de la Edad Media (siglo V al VX después de Cristo) específicamente un artículo de nombre “El miedo al mar” aproximadamente eran las 6:45 p.m., cuando de pronto se apagó la luz y exclamé en voz alta ¡otra vez, que problema con esa luz! En cierto modo nos tenemos que ir acostumbrando a prescindir del fluido eléctrico, sobre todo en la noche cuando hay gran demanda de energía eléctrica, esta condición nos predispone a tener que hacer las actividades antes de quedar en tinieblas, después de las 6 p.m. en cualquier momento suspende la luz, ¡que cosas!

Tenemos que buscar las alternativas para suplir la falta de fluido eléctrico, he observado que los comercios tienen sus plantas eléctricas, pero el común de la población no tiene la capacidad para adquirir dichos equipos, se auxilia con velas o lámparas fluorescentes que funciona con baterías, cuando no hay luz particularmente me acuesto y prendo un pequeño radio que igual funciona con batería ¡ni pensar en salir a la calle!, porque con la inseguridad lo más seguro es que te asaltan, es mejor quedarse en la casa, pero la verdad es muy fastidioso estar entre cuatro paredes a oscura.

Después de tres horas sin luz, retomé la lectura del artículo antes mencionado, me sorprendió que el hombre medieval manifestaba temor al mar, a la muerte, al abismo y a la noche. Los Grandes Teólogos de la Cristiandad en sus escritos divulgaron, “la noche es propicia para que deambulen las fuerzas malignas: aparecen las almas en pena, duendes, demonios, fantasmas y aparecidos.”

La única fuente de luz artificial en el medioevo fue el fuego, éste simbolizaba la vida, pero también el juicio final y el castigo divino, los no bienaventurados eran arrojados a las llamas purificadoras.

El fuego sirvió de núcleo de los grupos humanos: reunía en entorno a sí a los hombres para comer, a las mujeres para hilar, a los niños para dormir, a los ancianos para contar los relatos y poemas, calentaba el hogar, cocía los alimentos e iluminaba los rincones de la sala común. Por el temor a la oscuridad las casas se mantenían iluminadas con antorchas o velas.

Los ciudadanos del medioevo en Europa Occidental se angustiaban cuando llegaba la noche, hoy en pleno siglo XXI, no tenemos miedo a la noche, pero sí vivir ese espacio de tiempo entre apagones, apagones y más apagones.

“... La noche no solo es un espacio peligroso, es el momento en que se manifiesta la dura batalla que Dios libra contra las fuerzas de la oscuridad...”

Robert Fossier.

* Coordinador del Liceo Creación Ejido 2001